

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN EL VIGESIMO CUARTO
PERIODO DE SESIONES DE LA COMISION ECONOMICA PARA
AMERICA LATINA (CEPAL)

SANTIAGO, 13 de Abril de 1992.

Para el Presidente de Chile es profundamente satisfactorio saludar a los miembros de la Comisión Económica para la América Latina y el Caribe en este vigésimo cuarto período de sesiones, después de 21 años que no se reunían en nuestro país.

Los chilenos sentimos legítimo orgullo por la participación que nos cupo en la creación de CEPAL. Como recordé el año pasado con motivo de la celebración del aniversario de Naciones Unidas, nuestro representante ante esa entidad internacional, don Hernán Santa Cruz, que hoy día nos acompaña, fue un gran impulsor de esta iniciativa, que respondió a la necesidad de coordinar políticas encaminadas a promover el desarrollo económico de la región y mejorar las condiciones de vida de sus habitantes.

La creación de CEPAL en 1948 -cuya sede quedó radicada en Santiago de Chile- se ha justificado con creces. Su dilatada y fecunda labor de análisis, reflexión, creación y difusión ha contribuido a la formación de una conciencia sobre el desarrollo económico y social en América Latina.

Hoy ustedes vuelven a reunirse en Chile en un momento importante de la vida de nuestra Patria y de nuestro continente.

América Latina ha sido parte de las profundas transformaciones que está viviendo el mundo. Hemos participado de los vientos de libertad que triunfaron también en esta región del globo, así como hemos hecho serios esfuerzos para incorporarnos positivamente al nuevo orden internacional y a la economía global.

Los avances logrados nos alientan a continuar por una senda de consolidación y profundización de la democracia y de impulso a un crecimiento económico con equidad.

Ello impone a la política latinoamericana una nueva dinámica.

Sabemos por experiencia que no sirven los grandes discursos ni las promesas sin fundamento, y que toda solución real pasa por el compromiso y por el esfuerzo de todos.

El sistema político democrático es más que un mero mecanismo procesal. Su sentido más profundo y duradero es construir una cultura de convivencia, fundada en el respeto irrestricto a los derechos humanos y en el acatamiento por todos de las reglas del juego institucionales generalmente aceptadas, para procurar la paz social y mejorar la calidad de vida de la población.

Una de las grandes frustraciones de la historia latinoamericana en la época moderna, que movió al escritor mexicano Alfonso Reyes a sostener que habíamos llegado tarde al banquete de la civilización, ha sido nuestra dificultad para armonizar los tres pilares de un desarrollo sostenido y estable: la democracia, el crecimiento económico y la justicia social.

En el período de la post guerra se hizo un gran esfuerzo por democratizar la sociedad, tanto en lo político como en lo social. Sin embargo, el crecimiento no fue capaz de sustentar esa expansión y la frustración consiguiente, dentro de un marco de fuerte ideologización, llevó al quiebre de la democracia en numerosos países del continente.

El período autoritario, particularmente en el caso de nuestro país, logró después de muchos años recuperar en parte el crecimiento perdido, pero dicho proceso de modernización se llevó a cabo no sólo conculcando los derechos de las personas, sino también con un altísimo costo social que profundizó las desigualdades existentes.

Se dijo entonces con insistencia que la democracia era sinónimo de irresponsabilidad económica y de caos social. Pero ese crecimiento tenía pies de barro, porque la experiencia muestra

que sin democracia el desarrollo mismo no es viable a largo plazo, al no incorporar equitativamente a todos los sectores sociales en el fruto del crecimiento.

Luego de la profunda crisis económica que afectó a la mayoría de nuestros países en la década de los 80, estamos asistiendo a un proceso de recuperación caracterizado por la apertura de los mercados, la reducción del aparato de Estado y el control de las variables macroeconómicas. Gracias a ello ha comenzado un creciente flujo de capital voluntario hacia nuestros países, lo que debiera redundar en el crecimiento general de la región.

Esto nos plantea, a su vez, otros problemas. El aumento de la población mundial, la concentración urbana, la progresiva industrialización y la masiva explotación de los recursos naturales, han causado un deterioro ecológico que se está convirtiendo en una amenaza para toda la humanidad. El problema de la preservación del medio ambiente ha pasado a ser un tema prioritario en todo el mundo y cruza todas las propuestas de desarrollo y crecimiento vigentes hoy en día. Los países de América Latina, con economías basadas en la explotación de recursos naturales, debemos aprender a conjugar el desarrollo con la preservación del medio ambiente.

Aunque la amenaza de una conflagración universal parece haber desaparecido con el fin de la guerra fría, surgen en el mundo nuevos focos de tensión a nivel regional y local, que exigen la atención y la cooperación internacional. Ellos emanan, fundamentalmente, de las profundas desigualdades existentes en gran parte del globo.

La pobreza no es solamente una situación dramática que afecta gravemente a vastos sectores de la población mundial; es también una poderosa causa de inestabilidad política y económica, que amenaza seriamente la paz y el equilibrio entre las naciones.

Es por ello que Chile ha propuesto, en el marco de las Naciones Unidas, la convocatoria a una cumbre mundial sobre el desarrollo social. Esta iniciativa fue bien acogida por la organización y ya ha comenzado el proceso de consultas preparatorias del evento. La buena recepción de la propuesta de Chile obedece al hecho de que se ha arribado a un nuevo concepto de seguridad internacional.

El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha reconocido que la paz y la prosperidad son indivisibles y, por lo tanto, la paz y la seguridad internacionales exigen una cooperación internacional efectiva para la erradicación de la pobreza y la promoción de una vida mejor, con más amplia libertad para todos.

Este concepto ilumina la relación que debe existir entre el norte próspero y el sur subdesarrollado, así como entre los sectores ricos y pobres de una misma nación.

Desaparecido el fantasma de la guerra fría, la pobreza se alza como el principal desafío para la humanidad de cara al siglo que viene. Creemos que la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social será instancia útil para poner en común experiencias y formular políticas eficaces que ayuden a coordinar universalmente la lucha contra la pobreza.

El gran proyecto que guía la acción de mi gobierno es el intento de compatibilizar democracia, crecimiento económico y justicia social. Al cabo de dos años, podemos afirmar que los hechos nos están dando la razón: la democracia, contrariando presagios agoreros, ha permitido consolidar el crecimiento económico, garantizar condiciones estables a todos sus agentes y lograr consensos para dar legitimidad social a una estrategia de desarrollo que incorpore progresivamente a todos los sectores, sobre la base insustituible de la equidad.

Sabemos que el camino es largo, y que los cantos de sirena del populismo y del autoritarismo procurarán confundir a la gente con fáciles promesas. Pero también sabemos que sólo una democracia participativa y eficiente es capaz de comprometer a todos en la gradualidad de soluciones reales. Los avances que hemos logrado así lo están demostrando.

El crecimiento con equidad implica, sobre todo, inversión en la gente; brindar a todos el acceso al desarrollo; acrecentar la capacidad de inserción productiva de los sectores marginales; hacer efectiva en el país la igualdad de oportunidades, mejorando la calidad de la educación, facilitando la atención de la salud, invirtiendo en viviendas sociales, capacitando a los jóvenes, elevando la calidad de vida de la gente.

Hacia todo ello se ha orientado el gasto social en el país. No promovemos soluciones parciales, sino un enfoque global de la pobreza que signifique a la vez potenciar el desarrollo nacional.

El gasto pasa a ser inversión en la gente, en la medida en que no sólo se solucionan problemas inmediatos, sino que se entregan herramientas eficaces para la incorporación de todos a los procesos productivos. La modernización y transformación productiva del país que estamos llevando a cabo se sustenta sobre una política social que permite avanzar progresivamente tanto en el crecimiento del producto nacional como en la atenuación de las diferencias entre ricos y pobres, buscando así un desarrollo armónico de la nación que sirva efectivamente a los más desposeídos. Ello es tanto una exigencia moral y de justicia, como un imperativo de eficiencia.

Los desafíos que tenemos por delante son de tal magnitud que requieren de la integración regional. Chile está comprometido con América Latina. Los acuerdos bilaterales de complementación económica y de libre comercio, muestran nuestra voluntad de fortalecer los lazos económicos que en el futuro puedan transformarse en acuerdos de mayor cobertura regional, en la medida en que se hagan homogéneos los grados de apertura y las políticas macroeconómicas.

En este proceso, el aporte de la CEPAL es de la mayor relevancia y sus estudios son insumo para la formulación de políticas eficientes para nuestros grandes objetivos.

Para Chile, señoras y señores, es un honor recibirlos en esta oportunidad, así como ha sido un honor ser anfitriones de la sede central de CEPAL. Al daros nuestra más cordial bienvenida, hago votos porque vuestro trabajo dé los frutos que todos esperamos, como aporte fecundo para construir la paz, la justicia y la prosperidad que el continente busca con urgencia.

Muchas gracias.

* * * * *

SANTIAGO, 13 de Abril de 1992.

MLS/EMS